

Cambio ideológico en tiempos de cambio político: la problemática relación de la izquierda con su ideario durante la transición

Juan Antonio Andrade Blanco
Universidad de Extremadura

El cambio político y los agentes del cambio

La denominada transición a la democracia en España fue un proceso de cambio que afectó fundamentalmente al sistema político¹, pero que entrañó al mismo tiempo una metamorfosis sorprendente en algunos de los principales agentes de esa transformación. De estas mutaciones una de las más llamativas fue la que afectó a los dos principales partidos de la autodenominada izquierda². Tanto el Partido Comunista de España como el Partido Socialista Obrero Español experimentaron en apenas un quinquenio transformaciones ideológicas de envergadura, cuyas manifestaciones más impactantes fueron el abandono del leninismo, en el caso del primero, y la renuncia al marxismo, en el caso del segundo.

Sin embargo, estas dos manifestaciones fueron hitos de dos procesos más amplios: el que llevó al PCE a consagrar el eurocomunismo como doctrina oficial del partido y el que permitió al PSOE adecuarse a los parámetros de la socialdemocracia gobernante europea. El PCE dejó a un lado los elementos característicos del comunismo de postguerra para apostar por un fenómeno ideológico que portaba algunas novedades: por una lado, la oposición al tutelaje soviético y el rechazo al modelo del denominado Socialismo Real, y, por otro, el reconocimiento de la conveniencia de utilizar las instituciones liberales en la estrategia de transición al socialismo y de respetar una parte sustancial de estas en la propia sociedad socialista³. Por su parte, el PSOE pasó de definirse como un partido de clase, marxista, republicano y antiimperialista que aspiraba a la conquista del socialismo autogestionario, a desterrar estas señas identitarias, a decantarse en la práctica por una suerte de social-liberalismo y a apostar por la integración de España en la OTAN⁴.

La relación problemática con la ideología

El objetivo de la investigación que venimos realizando consiste en analizar, desde una perspectiva comparada, este llamativo y acelerado transformismo ideológico, pulsando al mismo

¹ Moradiellos, E.: “La transición política española: el desmantelamiento de una dictadura”, *Sistema* (Madrid), núm. 160, 2001, p. 61.

² No en vano el historiador Gillespie, R.: *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Alianza, 1991, p. 313, calificó la evolución del PSOE como la historia de una transición dentro de la Transición.

³ Para aproximarse al fenómeno del eurocomunismo pueden consultarse desde los escritos de sus promotores, como, por ejemplo, Carrillo, S.: *Eurocomunismo y Estado*, Barcelona, Crítica, 1977, o Azcárate, M.: *Crisis del eurocomunismo*, Barcelona, Argos-Vergara, 1982, a los trabajos elaborados por intelectuales críticos con el fenómeno, como, por ejemplo, Mandel, E.: *Crítica del Eurocomunismo*, Barcelona, Fontamara, 1982, o Sacristán, M.: “A propósito del eurocomunismo”, recopilado en *Intervenciones Políticas. Panfletos y materiales III*, Barcelona, Icaria, 1985.

⁴ Sobre los presupuestos iniciales véanse las resoluciones políticas del PSOE en su XII (1972) y XIII (1974) congresos del exilio, recopiladas en *Congresos del PSOE en el exilio*, Madrid, Pablo Iglesias, 1981., y la resolución política del XXVII Congreso (1976) en *XXVII Congreso del PSOE*, Barcelona, Avance, 1977.

tiempo la problemática relación que los partidos de la izquierda española mantuvieron con respecto a sus propios presupuestos doctrinarios. Cambio ideológico y problemática relación de los partidos con su doctrina son por tanto los dos ejes fundamentales de nuestra investigación doctoral.

Para desarrollarlos estimamos necesario en primer lugar relativizar la autonomía que, a propósito de su origen y desarrollo, frecuentemente se concede a las ideologías políticas; como si estas primero se elaborasen de manera preclara en la mente de algún reputado pensador y luego descendieran a la realidad social por medio de aplicaciones más o menos fidedignas⁵. Frente a esto sostenemos que las distintas expresiones del socialismo y del comunismo en España fueron sistemas más o menos articulados de pensamiento y creencias presentes en la conciencia social, que informaron el combate político de la Transición y que se fueron modelando al calor de los conflictos sociales, institucionales y culturales del proceso.

No obstante, si bien las ideologías no surgen de la acción intelectual autónoma y exclusiva de una casta pensante, sí que tienen promotores más comprometidos y gestores especializados. Las denominadas elites políticas, los dirigentes de los partidos, vienen a desempeñar a tiempo completo estas tareas de apropiación y administración de las ideologías. Tales dirigentes tienen por cometido suscitar la adhesión de la sociedad en torno a una serie de proyectos inspirados, justificados o racionalizados ideológicamente. Para ello adoptan distintas actitudes: bien elaboran un mensaje propio y trabajan socialmente por hacerlo hegemónico, lo cual les sitúa en una perspectiva de réditos a largo plazo; bien acomodan su propuesta política a los valores dominantes en la sociedad de su tiempo, lo cual les ubica en una vía de acceso al gobierno generalmente más rápida; o bien explotan complicadas vías intermedias de resultados inciertos. Una de estas de vías intermedias consiste en dosificar en el tiempo la difusión de esos proyectos y valores. En este caso la estrategia se centra en ampliar el respaldo apelando a contenidos y valores rebajados más fácilmente asimilables para una mayoría social, con la intención de movilizarla más tarde hacia proyectos más ambiciosos y a partir de valores ideológicos más exigentes. El problema de esta última estrategia es que generalmente no se da una solución de continuidad entre un momento y otro: los partidos de la izquierda suelen estancarse en la conquista de los objetivos inmediatos desterrando a un futuro imprevisible las metas ulteriores.

Por otra parte, las ideologías usufructuadas por los dirigentes de la de la izquierda tienen destinatarios heterogéneos según su distinto grado de implicación política. Los militantes de los partidos, su base social más comprometida, los simples electores oscilantes según la coyuntura y las clientelas que se forman a su alrededor no viven con la misma intensidad los asuntos públicos, ni reclaman a sus referentes partidarios idéntico nivel de fidelidad a los principios que simbólicamente definen la organización. Se trata de grupos desigualmente exigentes a los cuales las cúpulas de los partidos tienen que suministrar distintas e individualizadas dosis de ideología manteniendo un equilibrio generalmente inestable. Para ello, los líderes de la izquierda suelen elaborar distintos discursos a conveniencia de cada uno de los auditorios. Nos referimos al consabido contraste entre las beligerantes soflamas para consumo interno y las cautas declaraciones públicas destinadas a un auditorio menos aguerrido. Sin embargo, suele llegar un momento en el que uno u otro de los destinatarios, o ambos a la vez, denuncien la contradicción y reclamen a los líderes la enmienda del entuerto. En otras ocasiones los partidos recurren a discursos que, por imprecisos, pueden resultar polivalentes a la hora de satisfacer a sujetos con convicciones ideológicas distintas cuando no opuestas.

En este sentido, hasta mediados de 1979 el PSOE moduló el tono según el auditorio y mantuvo un discurso que por ambiguo resultó muy versátil. De manera paralela explotó una forma pseudodialéctica de argumentación, según la cual las pequeñas conquistas democráticas arrancadas a golpe de consenso eran pasos conducentes e insalvables hacia cambios socialistas futuros. De este modo, mantuvo una dualidad de programas máximos y mínimos, una forzada conexión entre metas urgentes y objetivos ulteriores, que le resultó muy útil por un tiempo, pues apelando a lo primero conectó con parte del electorado moderado, e invocando lo segundo consiguió retener a votantes

⁵ Jaume, Lucie: “ El pensamiento en acción: por otra historia de las ideas políticas”, *Ayer* (Madrid), núm. 53, 2004, p. 117.

deseosos de cambios más profundos⁶. Sin embargo, tras su Congreso Extraordinario de 1979 pasó de explotar esta vía intermedia a decantarse por la rauda vía de acceso al gobierno consistente en asimilar los valores hegemónicos en la España del momento. En este sentido, articuló un discurso que supo conjugar los valores fundamentales en torno a los cuales se venía moviendo el grueso del electorado, la seguridad y el cambio, ocupando en las elecciones del 82 el espacio político que la UCD había dejado al descubierto, un espacio que representaba un amplio consenso social en absoluto socialista⁷. Los ejes centrales del nuevo discurso pasaron a descansar en la propuesta socialmente aséptica de modernizar las estructuras del país y consolidar la democracia en su sentido liberal, sin que esta etapa se pretendiera engarce de cambios mayores. Los objetivos concretos consistían en garantizar la primacía del poder civil sobre el militar; vertebrar autónomicamente el país; y fortalecer el Estado de Bienestar, pero descartando aquellos elementos más audaces del programa socialdemócrata⁸.

No obstante, antes de que se produjera el triunfo electoral informado por este discurso el PSOE sufrió una crisis de envergadura resultado de tan repentino viraje retórico. El punto de inflexión que representó la propuesta de abandono del marxismo provocó la dimisión más tarde revocada de Felipe González cuando las bases del partido rechazaron su propuesta de revisión doctrinaria. El equilibrio inestable que la dirección promovió hasta entonces para satisfacer ideológicamente a su militancia radicalizada, a otros militantes más moderados y muy numerosos que hasta entonces se expresaban en voz baja, a los nuevos advenedizos surgidos al calor de los buenos resultados electorales y a una bases electoral susceptible de ampliación inmediata si se dulcificaba el discurso saltó por los aires cuando la dirección se avino a satisfacer por completo a los tres últimos en perjuicio de los primeros en la perspectiva de ampliar las posibilidades inmediatas de triunfo electoral. Cuando se puso fin a las ambigüedades discursivas el nuevo lenguaje del poder chocó con el imaginario que muchos militantes se habían formado en el contexto del antifranquismo. El ajustamiento del discurso a la praxis generó una oleada importante de rechazo. No obstante, la crisis se resolvió al explicitarse la disyuntiva que encubría el debate sobre el marxismo: o un partido socialista que apostara a medio o largo plazo por un reformismo fuerte o un partido con posibilidades de reemplazar al partido del gobierno en crisis si ocupaba su espacio electoral. Para lo primero no había una propuesta solvente de dirección para lo segundo se contaba con el liderazgo carismático y personalista de Felipe González que tan buenos resultados electorales había dado. Esta era la otra disyuntiva real del partido que se encubrió bajo el dilema marxismo sí, marxismo no. Al final el debate ideológico-identitario apenas logró camuflar la lucha por el poder.

De igual modo el PCE, bajo inspiración del eurocomunismo, apostó por una estrategia secuenciada de conquistas políticas progresivas e intensificación paulatina de su discurso. Sin embargo, la prioridad absoluta que concedió a la lucha por el establecimiento inmediato de una democracia homologable a las de su entorno y el deseo constante de publicitarse como una fuerza democrática equiparable a las demás hicieron que sus acciones dejaran de orientarse hacia objetivos más ambiciosos, y que en su discurso fueran perdiendo fuerza o adquiriendo carácter retórico los elementos propiamente socialistas. El PCE también explotó la ambigüedad discursiva, pero esta ambigüedad, en lugar de resultar versátil a la hora de seducir a sectores desigualmente ideologizados, defraudó a muchas de sus bases más activas y no logró atraer a tantos votantes de centro izquierda como pretendía.

Si estas son algunas de las estrategias que las cúpulas de la izquierda urden para difundir su mensaje, otra cosa es la relación que mantienen con sus postulados ideológicos y bagajes teóricos a tenor de los objetivos, también cambiantes, que persiguen. Estas relaciones suelen ser variables y casi siempre conflictivas. En ocasiones las ideologías funcionan como verdaderos preceptos

⁶ Esta dialéctica entre programas máximos y mínimos ha merecido una atención especial en los trabajos de Juliá, S.: *Los socialistas en la política española, 1879-1982.*, Madrid, Taurus, 1996 y de García Santesmases, A.: *Repensar la izquierda. Evolución ideológica del socialismo en la España actual*, Barcelona, Anthropos. UNED, 1993.

⁷ Malefakis, E., entrevista concedida a Burns Marañón, T.: *Conversaciones sobre el socialismo*, Barcelona, Plaza y Janés, 1996, p. 268. y Tezanos, J. F.: "Continuidad y cambio en el socialismo español" en Tezanos, J.F., Cotarelo, R. y De Blas, A. (eds.): *La transición democrática española*, Madrid, Sistema, 1989. pp. 453-454.

⁸ Tezanos, J. F., Ibidem. y Tezanos, J.F. entrevista concedida a Burns Marañón, T.: op. cit., p. 389.

inviolables que deben ser observados por encima de cualquier circunstancia que invite a su revisión, como códigos normativos que prescriben su actuación con independencia de coyunturas y cambios contextuales. La praxis que exige esta concepción responde a lo que Max Weber denominó la ética de los principios, contraria por otra parte a lo que el sociólogo alemán caracterizó como la ética de la responsabilidad⁹. Esta actitud tiene su contrafigura en el pragmatismo desaforado, para el que los principios ideológicos resultan prescindibles siempre que dificulten la consecución de propósitos no reconocidos doctrinariamente, pero ambicionados por quienes patentan la capacidad de decisión del partido. La ideología cumple así funciones subsidiarias que no deben contaminar la praxis política. Cuando aquella paraliza el desenvolvimiento de ésta, se revisa, se depura o se desecha.

Pero esta administración utilitarista de las ideologías no suele manifestarse de manera tan ruda, sino que adquiere distintas y más livianas modalidades. Con frecuencia los partidos de la izquierda hacen de su ideología un instrumento mutable en sus cambiantes relaciones de competencia y cooperación con otras fuerzas políticas; así como una herramienta susceptible de cambio en función de los intereses electorales. El caso del PSOE es en este sentido paradigmático. A finales del franquismo el Partido Socialista aspiraba a situarse en el centro del movimiento de contestación popular al régimen y de las fuerzas progresistas de oposición; papeles representados de manera preeminente por el PCE. Al declararse marxista el PSOE no sólo no atacaba esta política marxista tan exitosa, sino que se identificaba con ella y se la apropiaba en cierta medida. De esta forma lograba limitar el protagonismo que el PCE tenía sobre la lucha antifranquista y se daba a sí mismo un protagonismo mayor al que le correspondía¹⁰. Además, con su adscripción al marxismo el PSOE pretendía emparentar con las vanguardias antifranquistas para penetrar a través de ellas en los circuitos contestatarios a la dictadura y cooptar a algunos de sus cuadros¹¹. De igual modo el PSOE no era el único referente socialista en España, y tenía que rivalizar con el resto de los partidos socialistas de ámbito estatal y regional. Proclamarse marxista suponía no ceder terreno ideológico a esos partidos socialistas que se definían como tales¹². Por su parte, el PCE también mutó ideológicamente para rivalizar con el PSOE. El abandono del leninismo en su IX Congreso celebrado en abril de 1978, por ejemplo, venía a difuminar la línea de demarcación ideológica con los socialistas en la perspectiva de sustraerle respaldos en las urnas. La dirección comunista pensaba a la altura de 1978 que los apoyos al PSOE no eran sólidos, y seguía albergando el deseo alimentado en la clandestinidad, y ahora desfasado, de ocupar el espacio histórico del socialismo español¹³.

En otro sentido, las ideologías actúan a menudo más como referencia de identificación interna del grupo que como concepción rectora de su línea política operativa, cubriendo esa necesidad de autorrepresentación que tienen los partidos a la hora de dotarse de una identidad que les permita reconocerse a sí mismos y ser reconocidos por los demás¹⁴. El PSOE, por ejemplo, había salido de la larga noche del franquismo extremadamente debilitado y bajo el síndrome de la anomia ideológica. Declararse marxista sirvió para cubrir por un tiempo esa falta de identidad con una doctrina entonces atractiva para los militantes y fácil de identificar para la sociedad más activa políticamente. El marxismo sirvió también al propósito de justificar y dotar de sentido la lucha antifranquista, una vez el régimen era definido como soporte político de un modo de producción explotador. Al tiempo que ese mismo uso ideológico del marxismo sirvió para sublimar la lucha del partido, para dotarla de un halo de heroicidad y para elevarla sobre la cruda y a veces insípida realidad; en la medida que toda acción militante se presentaba, por insignificante que fuera, como favorecedora de la utopía socialista.

⁹ Weber, M.: *La política como profesión*, Madrid, Espasa, 2001, pp. 149-160.

¹⁰ Juliá, S.: op. cit., p. 509.

¹¹ Mateos, Abdón: *El PSOE contra Franco. Continuidad y renovación del socialismo español (1953-1974)*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1993, p. 442.

¹² Juliá, S: *ibidem*.

¹³ Incluso en las valoraciones del partido sobre las segundas legislativas - en las que el PCE subió tímidamente y el PSOE se estancó - se podían percibir todavía residuos de este ensueño que invitaba constantemente a la moderación. Véase *Mundo Obrero* (Madrid), núm. 88, Viernes dos de marzo 1979, p 1; núm. 89, Sábado tres de marzo de 1979, p. 3; y el editorial del núm. 90, Domingo cuatro de marzo de 1979.

¹⁴ Sobre el uso del marxismo como referencia de identificación colectiva en la socialdemocracia véase Del Río, E.: *La izquierda. Trayectoria en Europa occidental*, Madrid, Talasa, 1999, pp. 64-70.

Por otra parte, los dirigentes de la izquierda también suelen explotar la ideología para regular el antagonismo que dentro de sus filas mantienen con sectores hostiles a su autoridad. De este modo, la ideología se utiliza bien como recurso de seducción hacia sectores tendencialmente díscolos; bien como elemento divisorio sobre quienes pueden amenazar la autoridad de la dirección y cortina de humo para desviar la atención de otros asuntos; o bien como racionalización a posteriori de decisiones que responden a motivaciones no reconocidas públicamente. En cuanto a lo primero, cabe sacar a colación la habilidad que el dirigente socialista Alfonso Guerra desplegó en los congresos del PSOE a la hora de atribuirse las posiciones más izquierdistas para evitar cualquier ataque a la dirección por ese flanco¹⁵. En cuanto a lo segundo, la polémica sobre el leninismo logró, por ejemplo, eclipsar en el IX Congreso el debate sobre el controvertido papel del partido a comienzos de la Transición, los decepcionantes resultados electorales y la renovación en el equipo dirigente, y estableció una división artificial entre quienes pudieron conformar un grupo crítico al respecto¹⁶. Y a propósito de lo tercero, un ejemplo significativo lo tenemos en el caso del PCE, donde la apuesta por los Pactos de la Moncloa - con la que pretendió publicitarse como partido responsable y cobrar mayor protagonismo y capacidad de decisión a las que le permitía sus resultados electorales¹⁷ - se presentó como un paso orientado y concienzudamente diseñado hacia el socialismo¹⁸.

Sin embargo, frente a estos usos dogmáticos o tacticistas, algunas corrientes de la izquierda presentes en la transición, nunca hegemónicas en los partidos, abogaron por una visión más secularizada de la propia ideología que supiera zafarse al mismo tiempo de la desnaturalización y el pragmatismo. Desde estas perspectivas se vino a plantear, por ejemplo, que la originalidad y grandeza del marxismo consistía tan sólo en su capacidad para integrar, en una perspectiva totalizadora revolucionaria, la voluntad de poner fin a la civilización burguesa con el análisis científicamente cimentado de sus mecanismos de funcionamiento, y con el reconocimiento igualmente fundamentado de la posibilidad de superarla. Todos los demás aspectos teóricos e ideológicos debían ser adaptados, reemplazados o desechados si el análisis concreto de la realidad concreta así lo exigiera¹⁹. Para alguna de estas culturas políticas la única acción que debía prescribir el marxismo era cualquiera que se moviera tomando siempre conciencia de la meta socialista y de su radical alteridad, de manera que el objetivo central de la transformación social actuara como un principio regulativo de la acción política cotidiana, y ésta representara, por insignificante que fuera, una anticipación del orden nuevo que se quería construir²⁰.

Hipótesis del cambio ideológico

A continuación exponemos de manera sintética y en un orden que no entraña jerarquía algunas hipótesis para explicar el cambio ideológico de la izquierda durante la Transición.

En primer lugar, la transición a la democracia fue un proceso acelerado de desmantelamiento y reemplazo simultáneo del sistema político-institucional franquista que provocó sucesivos y notorios cambios de posición de los distintos partidos a medida que el nuevo sistema se iba configurando y su antecesor se extinguía. Estos cambios posicionales forzaron a la variación de estrategias en los partidos, pero sobre todo animaron al cambio de metas y objetivos que cada cual se había propuesto inicialmente, y estimularon por tanto mutaciones en los presupuestos ideológicos que venían a inspirar, justificar o racionalizar esas estrategias y objetivos. El caso del

¹⁵ Gillespie, R.: op. cit., p. 392.

¹⁶ Morán, G.: *Miseria y Grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Barcelona, Planeta, 1986, p. 569.

¹⁷ Sánchez Rodríguez, Jesús: *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982)*, Madrid, FIM, 2004. pp 286-292.

¹⁸ Véase “Intervención de Santiago Carrillo ante el IX Congreso” en *Noveno Congreso del Partido Comunista de España. Informes, debates, actas y documentos*, Bucarest, PCE, 1978. pp. 25-32. o la “Tesis IV: significación de los acuerdos de la Moncloa” en *Noveno Congreso...*, op. cit., pp. 353-362.

¹⁹ Así se expresaba en un debate sobre el abandono del leninismo el miembro de la dirección del PSUC Domènech, A.: “Notas sobre leninismo, revisionismo y “ortodoxia” marxista”, en *Nuestra Bandera* (Madrid), núm.92, 1978, pp. 35-37.

²⁰ Sacristán, M.: op. cit., pp. 204-206.

PSOE es paradigmático de lo que hablamos, pues pasó en un breve periodo de tiempo de ser una fuerza poco influyente en el conjunto de la oposición durante la clandestinidad a convertirse en alternativa de gobierno en el reciente sistema democrático. Ya no se trataba de lograr y consolidar una situación de preeminencia en la oposición, sino de alcanzar el poder. Si en un principio declararse marxista resultó útil para ocupar un lugar importante en el conjunto de una oposición radicalizada, renunciar al marxismo resultó ser un gesto provechoso para atemperar los recelos de los poderes fácticos y ganar las elecciones a partir de un electorado en gran medida moderado. En la misma línea el PSOE radicalizó su discurso en el tardofranquismo para rivalizar con un PCE socialmente influyente y no ceder espacio ideológico al resto de los partidos socialistas que se reclamaban marxistas. Cuando el PCE pasó a ocupar un lugar secundario en el nuevo escenario democrático y el resto de los partidos socialistas se desvanecieron o integraron en el PSOE, los dirigentes de este partido forzaron la moderación de su discurso para atraerse a los cuadros y bases socialdemócratas de UCD²¹.

Por el contrario, el PCE no logró traducir en términos electorales el protagonismo social que había disfrutado en sus acciones de oposición a la dictadura, pasando a ocupar un lugar secundario en el sistema parlamentario reciente. La dirección del PCE pensó que los escasos sufragios se debieron fundamentalmente al peso de la imagen autoritaria y prosoviética que la propaganda franquista le había confeccionado²², y aprobó una nueva línea orientada a romper esa imagen a golpe de gestos moderados, ya fuera desde el punto de vista de la praxis con el apoyo entusiasta a la Constitución y a los Pactos de la Moncloa, ya fuera desterrando señas de identidad ideológicas como el leninismo²³.

En segundo lugar, tanto la forma como los contenidos de la Transición ejercieron una tentación constante a la mesura en la izquierda. El fracaso del proyecto de ruptura democrática y la consiguiente apropiación de la iniciativa por el gobierno heredero de la dictadura hicieron que la oposición se plegara a negociar con los postfranquistas el ritmo y la intensidad de los cambios, así como su condicionada integración en el futuro sistema. Como es sabido el PCE sufrió para obtener la legalización una importante coacción ideológica, en virtud de la cual tuvo que aceptar una institución incompatible con su ideario como era la Monarquía. Posteriormente, después de las primeras elecciones democráticas, la correlación de fuerzas y la amenaza involucionista favorecieron el consenso. Si el ejercicio de gobierno por parte de la izquierda suele sofocar sus pulsiones radicales, el consenso, en tanto que forma indirecta de gestión institucional, tuvo efectos parecidos, si acaso no más severos, sobre la izquierda española. La asunción de responsabilidades gubernativas suele generar la complicidad con las inercias de la administración, la familiaridad con las presiones de los poderes fácticos y la búsqueda alternante de apoyos a veces incoherentes con el resto de las elites políticas²⁴. Estos factores de tentación moderadora consustanciales a todas las democracias vieron multiplicados sus efectos sobre la izquierda en la Transición; porque, en este contexto de desmantelamiento progresivo de una dictadura y reemplazo simultáneo por una Monarquía Parlamentaria, a la lentitud natural de toda administración se sumaba su ocupación por funcionarios todavía afectos al viejo régimen, y a la presión obstruccionista habitual sobre las iniciativas de izquierda por los poderes fácticos se sumaba el chantaje golpista de una parte importante de las Fuerzas Armadas.

²¹ Sobre este uso táctico del marxismo por el PSOE resultan especialmente interesantes las reflexiones de Juliá, S.: op. cit., pp. 520-523.

²² Las explicaciones del PCE sobre sus resultados electorales pueden verse en el editorial de *Mundo Obrero* (Madrid), Año XLVII, núm. 25, 22 de junio de 1977, p. 3. o sobre todo en el número del periódico del partido dedicado a exponer las conclusiones del Comité Central: *Mundo Obrero* (Madrid), Año XLVII, núm. 26, 29 de junio de 1977.

²³ Las ideas oficialmente declaradas que guiaron esta política pueden verse en Carrillo, S: "Urge un gobierno de concentración nacional", en *Escritos sobre eurocomunismo*, Zaragoza, Forma, 1977, Tomo II. pp. 85-95. La interpretación del abandono del leninismo como lavado de imagen fue, por ejemplo, insistentemente subrayada en los editoriales de los principales rotativos del país en las fechas en torno al IX Congreso y durante la celebración del mismo.

²⁴ Del Río, E.: op. cit., p. 182.

Además, la dinámica consensual del proceso reformista generó un *politicismo*²⁵ desenfrenado en todas las organizaciones participantes. El recurso a una política velada de pactos y transacciones entre las elites de los partidos, recluida en los angostos muros del parlamento, sorprendentemente oscilante en función de las componendas, y que permitió una supervivencia considerable de instituciones, dirigentes, normas legales y actitudes de la dictadura, desmovilizó y desencantó a un sector importante de la izquierda social, lo cual alivió en cierta medida su presión sobre las cúpulas dirigentes de la izquierda política²⁶.

Por otra parte, la conflictividad social, que desde los años sesenta había sido un caldo de cultivo idóneo para la difusión del ideario de la izquierda, fue experimentando, a partir del 78, un reflujo progresivo por la dificultad natural de mantener una dinámica tan prolongada en el tiempo como intensa en su ejecución, por la política tácita de contención que en cierta forma asumieron sus principales impulsores (léase principalmente el PCE) en la etapa del consenso a trueque de concesiones democráticas y porque muchos de los objetivos que se perseguían con las protestas (instauración de las libertades) ya se habían alcanzado²⁷. En este sentido, la reducción de los conflictos de clase privó a las ideas de la izquierda de algunos de sus mejores espacios de materialización social.

En cuarto lugar, el PCE y el PSOE se animaron mutuamente en sus respectivos procesos de moderación ideológica. En el nuevo sistema de competencia entre partidos el giro moderantista de cualquiera de ellos venía a favorecer un corrimiento ideológico de conjunto. Así, cuando el PCE, el partido situado más a la izquierda del arco parlamentario, escoró en sentido contrario, el PSOE, aquel que lindaba inmediatamente a su derecha, se sintió más libre para desplazarse hacia el centro, al tiempo que ese desplazamiento reforzaba aquel otro.

En quinto lugar, el cambio ideológico experimentado por ambos partidos también se explica atendiendo a la composición y vida internas de cada uno de ellos. No en vano, una de las razones de la moderación del PSOE hay que buscarla en la entrada masiva de nuevos militantes ante las buenas expectativas abiertas después las primeras elecciones, y que movidos por inquietudes de distinto tipo y portadores de una cultura política más tibia que la de los socialistas curtidos en la clandestinidad lograron desplazar progresivamente a estos²⁸. En el caso del PCE, tras la legalización se puso de manifiesto su plural y a veces contradictoria composición interna, que incluía militantes prosoviéticos, activistas portadores de una cultura comunista más refinada y novedosa y una masa nada desdeñable de afiliados que ingresaron en el partido no por firmes convicciones comunistas, sino por tratarse del partido más comprometido en la lucha por la democracia. Una vez caída la dictadura y cuando los resultados obtenidos quedaron por debajo de las expectativas, esta pluralidad se tradujo en conflictos políticos, ideológicos y de poder que modelaron las propuestas y principios del partido²⁹.

Por último, el transformismo ideológico de la izquierda española también tuvo que ver con el nuevo escenario adverso que a nivel internacional se fue configurando a finales de los setenta. A principios de esta década los avances de los movimientos populares en el mundo y la crisis económica estructural desatada en el 73, interpretada como fase terminal del capitalismo, hicieron pensar a la izquierda que el viento de la historia soplaba a su favor, lo cual animó su

²⁵ Sobre la noción de politicismo véase Capella, J. R.: *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*, Madrid, Trotta, 2005.

²⁶ Sobre la crítica al consenso en tanto que proceso de apaciguamiento de la izquierda hay algunos trabajos de especial interés que curiosamente no proceden de historiadores: Morán, G.: *El precio de la Transición*, Barcelona, Planeta, 1992. Vázquez Montalbán, M.: *Crónica sentimental de la transición*, Barcelona, Planeta, 1985. Castellano, P.: *Yo sí me acuerdo. Apuntes e historias*, Madrid, Temas de Hoy, 1994.

²⁷ Algunas de estas razones pueden verse desarrolladas, por ejemplo, en Pérez Ledesma, M.: “ “Nuevos” y “viejos” movimientos sociales en la transición” en Molinero, C. (ed): *La transición. Treinta años después*, Barcelona, Península, 2006, pp. 117-152.

²⁸ Gillespie, R.: op. cit., pp. 342-343.

²⁹ Sobre las tensiones internas en el PCE, además de los testimonios de sus protagonistas, y de trabajos escritos en clave periodística, como Vilar, S.: *¿Por qué se ha destruido el PCE?*, Barcelona, Plaza y Janés, 1986, véase Sánchez, J.: op. cit. cap. IV y Morán, G.: op. cit., cap V, tercera parte.

contundencia ideológica. Sin embargo, la recuperación de posiciones por parte de la derecha a finales de los setenta y principios de los 80 y el refortalecimiento del capitalismo por la vía de la gestión neoconservadora de la crisis mitigaron el optimismo de la izquierda, dejándola sin ninguna iniciativa que fuera más allá de las políticas resistenciales o de acomodación a la baja a un escenario hostil. Se había abierto un nuevo ciclo político a nivel internacional marcado por el reflujo de los proyectos de transformación social, un ciclo que en España se vio en cierta forma contenido durante un tiempo por la lucha contra la dictadura y las urgencias de la transición. El proceso español de transición se terminó sincronizando en su resolución con ese otro proceso internacional de crisis de la izquierda transformadora.